

este rumbo, mucho me temo que lleguen á ser (como ya lo están siendo en parte) una verdad tristísima aquellas palabras de nuestro buen amigo, el ilustre literato D. Juan Valera: «Quizá tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir á España algún docto alemán á defender contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes».

SANTANDER 14 de Abril de 1876.



II.

DE RE BIBLIOGRAPHICA.

Mi muy docto amigo y paisano: Días pasados dirigí á V. una breve impugnación de ciertas erradas afirmaciones acerca del pasado intelectual de España, vertidas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en sus artículos sobre *El Self Government* y *la Monarquía doctrinaria*. Doliame allí del lamentable olvido y abandono en que tenemos las glorias científicas nacionales, en especial las filosóficas, abandono y olvido que, entre otros daños de menor entidad, trae el gravísimo de mantener á nuestra patria falta de todo carácter propio en las modernas evoluciones del espíritu humano, dejándonos á merced de cualquier viento de doctrina que sople de extrañas tierras, y siendo causa eficazísima de la anarquía y desconcierto que hoy nos aqueja y lleva trazas de prolon-

garse, si Dios no lo remedia. Él solo sabe si es útil ó dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antídoto contra la exageración *innovadora* la exageración *reaccionaria*. Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros, por más que uno y otro sean de antiguo abolengo en nuestra historia filosófica, y que, tal vez sin darse cuenta de ello, obedecen los secuaces de tan opuestas ideas á las providenciales leyes del pensamiento ibérico, aunque incurriendo en no pocas aberraciones y desvíos respecto de las escuelas peninsulares, por no detenerse á estudiarlas como debieran y á buscar dentro de España el anterior desarrollo de sus respectivos sistemas ó los precedentes históricos que los han motivado. Pero dejando aparte tales consideraciones, vengamos derechamente al objeto de esta epístola y de las que, Dios mediante, han de seguirla, que se enderezarán sólo á desenvolver algunas indicaciones apuntadas en mi anterior, sobre los medios de reparar la ignorancia, hoy generalmente sentida, respecto á nuestra *historia científica*, y aun á una gran parte (no despreciable por cierto) de la *literaria*.

Estos medios se reducen á tres :

- 1.º Fomentar la composición de monografías bibliográficas.
- 2.º Idem la de monografías expositivo-críticas referentes á cada ramo de la ciencia, ó al menos á los que tienen historia importante en España.

3.º Creación de seis cátedras nuevas en los doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito.

Trataré brevemente de cada uno de estos proyectos, dividiendo mi trabajo, á guisa de sermón, en tres puntos :

1.—Estudios bibliográficos.

Acúsase con frecuencia á la Bibliografía, por los extraños á su cultivo, de *ciencia árida* é indigesta, de fechas y de nombres, superficial y pesada al mismo tiempo, como que sólo fija la atención en los accidentes externos del libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones á la *portada* y al *colofón*, sin cuidarse del interior del volumen, que para ella suele estar tan cerrado como el de los *siete sellos*. No ha de negarse que hay hartos *bibliófilos* (si tal nombre merecen) acreedores á esta y aun á otras más acres y no menos fundadas censuras; y en verdad que se duda á veces entre la risa y la indignación al ver á ciertos monopolizadores de libros estimar el mérito de los trabajos del humano ingenio por su mayor ó menor escasez en el mercado, despreciando, v. gr., los clásicos griegos y latinos porque se encuentran á todas horas, en cualquier forma y en variedad de ediciones, al paso que dan suma importancia á los tratados de *jineta*, de *esgrima*, de *cetrería*, de *tauromaquia*, de *heráldica* ó de *arte de cocina*, por raros y difíciles

de encontrar en venta. Y produce ciertamente triste impresión la lectura de muchos catálogos bibliográficos, cuyos autores para nada parecen haber tenido en cuenta el valor intrínseco de los libros, fijándose sólo en insignificantes pormenores, propios más de un librero que de un erudito. Pero no es ese el verdadero procedimiento del bibliógrafo, ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye á lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber crítico. Y la crítica ha de ser la primera condición del bibliógrafo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio *estético* y de la apreciación *histórica* diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando á la par cuanto de útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo, ofreciendo extractos si escasea el libro; reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas, un juicio, no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparación, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio *espontáneo y fresco* (si vale la expresión), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; *impresiones* vertidas sobre el papel con

candor é ingenuidad erudita. ¡Qué obra más útil, á la par que deliciosa, es un catálogo bibliográfico redactado de esta manera! Así concebida la *Bibliografía*, es al mismo tiempo el *cuerpo*, la historia *externa* del movimiento intelectual, y una preparación excelente é indispensable para el estudio de la historia *interna*. Los registros de obras hechos sin estas condiciones serán útiles como lo son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato, sino de mozo de cordel; no llamemos á sus autores *bibliógrafos*, sino *acarreadores y faquines de la república de las letras* ¹.

Por dicha, los *bibliógrafos* españoles (con excepciones raras) han sido fieles al objeto importantísimo que la ciencia por ellos cultivada debe cumplir, y aun algunos pueden presentarse como dechados, si no de todas, de la mayor parte de las cualidades indicadas. No son escasos los frutos de la investigación erudita entre nosotros; pero aún resta no poco que trabajar en este campo. De los *Diccionarios* y *Catálogos* hoy existentes, ya impresos, ya manuscritos, puede hacerse la división siguiente:

- 1.^a *Bibliotecas generales.*
- 2.^a *Etnográficas.*
- 3.^a *Corporativas.*
- 4.^a *Regionales.*
- 5.^a *Por materias.*
- 6.^a *Índices y Catálogos de bibliotecas públicas y particulares.*

¹ Expresión del doctor Puigblanch.

Tiene nuestra España la gloria de poseer una de las bibliografías generales más extensas y con más diligencia trabajadas, doblemente admirable si consideramos el tiempo en que fué compuesta, en las dos *Bibliothecas*, *Vetus* y *Nova*, de Nicolás Antonio, dadas á la estampa, la segunda en 1672, y póstuma la primera en 1696, gracias á la munificencia del cardenal Aguirre y á los desvelos del deán Martí.

Breves y de escasa importancia eran los ensayos anteriores al colosal trabajo del bibliógrafo sevillano. El comentario elegantísimo *De doctis Hispaniae viris*, ó sea *Apologia pro adserenda hispanorum eruditione*, del docto profesor complutense Alfonso García Matamoros (vertido al castellano en el siglo pasado por el canónigo Huarte), no es otra cosa que un panegírico de nuestras letras, en que se mencionan muy pocos autores y escasísimos libros, sin indicaciones tipográficas de ninguna especie. *La Bibliotheca Hispaniae* de Andrés Peregrino (ó sea el P. Andrés Scotto) puede aún consultarse con provecho en ciertos lugares, especialmente al tratar de los humanistas, y mereció bien de nuestras letras su extranjero autor, sólo por el intento; pero es de limitada utilidad bibliográfica á pesar de su volumen, pues de los tres de que consta, versa el primero sobre la *religión, universidades, bibliotecas, concilios y reyes* de España, y en los dos restantes, tras de intercalarse asimismo materias extrañas, se habla más de los autores que de los libros, y, por lo general, sólo de los contemporá-

neos del Jesuíta flamenco, que dió á luz su obra en Francfort el año de 1608. Un año antes había salido de las prensas maguntinas un *Catalogus clarorum Hispaniae scriptorum* á nombre de Andrés Taxandro, índice sucinto y descarnado, que generalmente se atribuye al mismo Scotto. Así en el *Catálogo* como en la *Biblioteca* se hace mérito casi únicamente de los escritores que usaron la lengua latina, falta que intentó remediar el toledano D. Tomás Tamayo de Vargas, formando un índice bastante copioso de obras castellanas, con el título no impropio de *Junta de libros la mayor que España ha visto en su lengua*. Manuscrito permanece en la Biblioteca nacional este catálogo, hoy de escaso valor como libro de consulta, puesto que le disfrutaron ampliamente Nicolás Antonio y otros bibliógrafos. Con tan escasos auxilios comenzó su tarea, en verdad hercúlea, el autor de la *Censura de Historias Fabulosas*; prosiguióla con ardor creciente y jamás igualada diligencia, y logró darle cima en lo posible, consagrandole á ella el bien aprovechado trabajo de su vida entera. De eterna admiración son dignos sus esfuerzos, pues si reflexionamos las gravísimas dificultades con que se tropieza para formar la bibliografía del ramo menos cultivado del saber humano, el índice de los trabajos relativos á un solo punto de la ciencia, el catálogo de los escritores de una provincia, de un pueblo de limitada importancia, ¿cómo no asombrarnos de esa titánica empresa de dar á conocer en un libro cuanto en España se había escrito desde la era de Au-

gusto hasta fines del siglo xvii, sobre cualquier materia y en cualquiera forma! Y ¿quién ha de parar la vista en los errores, en las omisiones, en las faltas de pormenor inevitables en obra semejante? Aunque mucho más graves fueran, no bastarían á contrapesar las singulares excelencias de erudición y hasta de crítica (sobre todo al tratar de las fuentes históricas), la riqueza incomparable de noticias recogidas en aquellos cuatro volúmenes, que son aún, y serán por mucho tiempo, el monumento más grandioso levantado á la gloria de las ciencias y de las letras españolas. Conviene consultar la obra de Nicolás Antonio en la reimpresión matritense de 1783 y 1788, en que se agregaron á la *Bibliotheca Nova* las adiciones manuscritas del mismo autor, y se acrecentó la *Vetus* con las copiosísimas aunque mal digeridas notas del sabio hebraizante y numismático Pérez Bayer.

El segundo ensayo de *bibliografía* general debióse á D. José Rodríguez de Castro, que con erudición notable, aunque sin método ni crítica, se propuso refundir, acrecentar y continuar las *Bibliothecas* de Nicolás Antonio en la suya *Española*, que no pasó del siglo xiv, si bien, con haber quedado tan á los principios, es obra de indispensable consulta en la parte hispano-romana y en la de los tiempos medios, y puede considerarse como el mejor suplemento á la *Bibliotheca Vetus*.

Al lado de Nicolás Antonio, padre de nuestra

bibliografía, debemos colocar el nombre del rey de nuestros modernos eruditos, D. Bartolomé J. Gallardo, en cuyas *papeletas*, diestramente ordenadas por los Sres. Zarco del Valle y Sancho Rayón, veo casi realizado (un poco más de crítica no sobraría) el ideal de la labor bibliográfica, tal como la concibo y expuse al comienzo de esta epístola. El *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, riquísimo en extractos y noticias, suple gran parte de las omisiones de Nicolás Antonio respecto del siglo xvi, suministra datos y documentos sobre toda ponderación interesantes para la historia de nuestra literatura y en especial de la poesía lírica y de la dramática, y es de utilidad más directa é inmediata que ningún otro libro de bibliografía nacional para todo género de curiosos y de lectores. ¿Por qué desdicha no han visto aún la pública luz los últimos volúmenes de esta obra excelente, suspendida desde 1866 en la letra F? ¿Á qué director de Instrucción pública estará reservada la gloria de vencer las dificultades que parecen oponerse á la impresión de lo restante?

Empresa es harto difícil el formar la bibliografía del siglo en que vivimos, fértil como ninguno en folletos, opúsculos, memorias, periódicos y hojas volantes. Sin embargo, no dejaron de intentarlo, aunque con escasa fortuna, los Sres. D. Dionisio Hidalgo y D. Manuel Óvilo y Otero en sendos *Diccionarios* de no poco volumen, impreso en cinco tomos el primero, desde

1862 á 1873 ¹, é inédito en la Biblioteca nacional el segundo, del cual publicó en París un extracto, con título de *Manual*, la casa de Rosa y Bouret. Como escritos de bibliografía general pueden considerarse, además de los citados, la *Tipografía Española* del P. Méndez, adicionada por Hidalgo, los *Apuntamientos* de nuestro paisano D. Rafael Floranes sobre el mismo asunto, y el *specimen* de Diosdado Caballero *De prima typographiae hispanae aetate*, con otros opúsculos de menor cuantía relativos al primer siglo de nuestra imprenta ². Y si agregamos la voluminosa *Bibliographia critica* (no en todo española) del trinitario Fr. Miguel de San José, los trescientos artículos que añadió Floranes á Nicolás Antonio, las adiciones asimismo manuscritas de D. Andrés González de Barcia y el P. Faustino Arévalo que guarda la Biblioteca nacional, y alguna que otra tentativa semejante ³, tendremos casi completo el índice de los estudios *generales* de bibliografía española realizados hasta el momento en que trazo estas líneas.

¹ Después se han impreso dos tomos más (1879 y 1881), que contienen el índice de autores y el de materias.

(Nota de esta edición.)

² Por ejemplo: la *Disertación sobre el origen del arte tipográfico en la ciudad de Valencia*, de Villarroya, y la de D. Jaime Ripoll sobre la imprenta de Barcelona; las dos *Memorias* de Antonio Ribeiro dos Sanctos, *sobre la imprenta en Portugal hasta fines del siglo xvi* (tomo viii de las *Memorias de Literatura Portuguesa, publicadas por la Academia de Ciencias de Lisboa*).

³ En alguna parte hemos leído que el Sr. D. Carlos Ramírez de Arellano, residente en Córdoba, tiene hechas adiciones á Nicolás Antonio.

Y continuando, amigo mío, en esta reseña de lo hasta hoy trabajado, para indicar después con más holgura lo que aún falta llevar á cabo, mencionaré las dos únicas bibliotecas etnográficas que poseemos, la *Arábico-Hispano-Escorialensis* de Casiri (1760) y la *Rabinico-Española* de Rodríguez de Castro (1781), ninguna de las cuales satisface las exigencias de la crítica moderna, por más que la primera fuese, en el tiempo en que salió á luz, una *revelación*, y hoy mismo parezca de utilidad grandísima, dado caso que no existe obra alguna que pueda con ventaja sustituirla ¹.

Pero, aparte de la falta de método, harto sensible, y de los reparos que la ciencia contemporánea ha puesto á algunas de las traducciones allí incluídas, ha de confesarse que la obra de Casiri, reducida al catálogo de los manuscritos arábigos de una Biblioteca, siquiera sea de las más ricas en este ramo, no puede suplir, sino en parte y muy indirectamente, la falta de una *Bibliografía arábigo-española* completa, que se va haciendo más necesaria á medida que adelantan

¹ Ya no es esto verdad, aunque no ha sido un español el que ha rehecho el trabajo de Casiri. La publicación de un nuevo catálogo de los manuscritos árabes del Escorial se debe al profesor de París doctor Hartwig Derembourg, como el catálogo de manuscritos griegos se había debido á otro extranjero, el doctor E. Miller (1848), y la historia de los orígenes de la misma colección (narrada por cierto con exquisito primor y ciencia) á un extranjero también, al malogrado helenista Carlos Graux, de tan buena memoria para quien esto escribe.

(Nota de la tercera edición.)

los estudios orientales, tan interesantes para la historia de nuestra cultura. A los arabistas españoles toca llenar este vacío, y uno de ellos, el Sr. Fernández y González, está encargado oficialmente de completar y corregir el catálogo de Casiri, lo cual nos da esperanza de ver realizado antes de mucho el común deseo de nuestros eruditos, si, como creemos, el erudito profesor no se limita á esta preliminar tarea, sino que emprende la formación del apetecido índice de autores árabes-españoles, ya conservados en nuestras bibliotecas, ya en las extranjeras. En cuanto á la obra de Rodríguez de Castro, superior en riqueza de noticias á las anteriores de Wolfio y Bartholoccio, táchanla no pocos hebraizantes modernos de superficial y poco exacta, y fuera de desear que, entre la nueva generación *masorética*, educada por el doctor García Blanco, se hallase algún *bibliófilo*, docto á la par en la lengua santa y en sus afines y derivadas, que tomase á su cargo las adiciones y enmiendas al trabajo de nuestro bibliotecario.

En la clase de *Bibliotecas corporativas* pongo en primer término las de *comunidades religiosas*, limitada alguna de ellas á España, generales las más, y obras por lo común de autores extranjeros.

Por la parte considerable que encierran de nuestra bibliografía, son dignos de especial mención los *Anales franciscanos* de Wading y su continuador Harold; la *Biblioteca* de la misma Orden, formada por Fr. Juan de San Antonio; la

excelente de *Escritores Dominicos*, de Quetif y Echard, á la cual precedieron los ensayos de Antonio Senense, Alfonso Fernández y Fr. Ambrosio de Altamira; la *Carmelitana* de Cosme de Villiers de San Esteban; el *Alphabeto Augustiniano* de Fr. Tomás de Herrera; los *Saecula Augustiniana* del P. Lanteri (1858 59)¹; la *Biblioteca Mercenaria* de Fr. José Antonio Garí (Barcelona, 1875); las *Bibliothecas Cistercienses* de Vischio y Muñiz, y otros menos extensos y conocidos catálogos de autores pertenecientes á diversas Ordenes, que no mostraron tanto esmero como las antedichas en la conservación de sus Memorias literarias².

A todo lo cual deben agregarse las numerosas *historias* de las mismas sociedades monásticas, que, sin ser obras propiamente bibliográficas, contienen, no obstante, un tesoro de noticias acerca de no pocos escritores, siendo notables en tal concepto la *Crónica de la Orden de San Benito*, de Yepes; la que en muy elegante estilo escribió de los *Jerónimos* el P. Sigüenza, y otras

¹ En la *Revista Agustiniiana* de Valladolid se está imprimiendo un catálogo mucho más copioso de autores de aquella Orden españoles y portugueses.

² En 1883 se ha publicado en Quito un interesante libro sobre los *Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador* obra de Fr. Francisco María Compte, que en 1885 ha comenzado una reimpresión de su obra con grandes aumentos.

En Brünn (1884) ha impreso el benedictino Dom Francisco Beda Plaine una *Series Chronologica Scriptorum O. S. Benedicti Hispanorum qui ab anno 1750 usque ad nostros dies claruerunt*, adicionando con ellos la *Historia Litteraria Ordinis S. Benedicti*, de Ziegelbauer.

que fuera prolijo y no parece necesario enumerar. Pero ninguna Orden religiosa ha excedido á la Compañía de Jesús en lo esmerado y completo de su extensa y curiosísima bibliografía. Ya en 1608 se publicó en Amberes un catálogo de escritores Jesuítas, formado por el ilustre P. Rivadeneyra. Continuáronle Nieremberg, Alegambe y otros egregios varones de la Compañía, así nacionales como extranjeros; y llegados los tiempos de expulsión y extrañamiento, dos Jesuítas de la provincia de Aragón, Diosdado Caballero y Onofre Prat de Saba, formaron en Italia sendos catálogos de los deportados españoles que tan brillante muestra habían dado de su saber en todas ciencias y disciplinas. Á coronar todos estos ensayos, y otros que al presente no recuerdo, vino en 1859 la muy erudita *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, publicada en Lieja por los PP. Agustín y Luis Backer, obra que adolece, no obstante, sin duda por la dificultad de la empresa, de omisiones y aun yerros, por lo menos en la parte española, algunos de los cuales se han corregido después en un extenso *Apéndice*.

No menos poderosos, influyentes, conspicuos y fecundos en ilustres escritores que las *Órdenes religiosas*, fueron los llamados *Colegios Mayores*, muertos á mano airada por D. Manuel de Roda en tiempo de Carlos III. De los escritores salidos del seno de tales corporaciones poseemos notable bibliografía, gracias á las vigilias de Rezabal y Ugarte (1805), y encuéntranse además noticias

en la *Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca*, que ordenó el marqués de Alventos (1768).

Como incluidos también en la sección *bibliográfica de corporaciones*, pueden estimarse los catálogos de escritores, alumnos ó maestros de nuestras escuelas, que acompañan á las *Memorias históricas de la fundación y progresos de la Universidad de Valencia* de Orti y Figuerola, á las *Memorias Literarias* (mejor dicho *Universitarias*) de Zaragoza de D. Inocencio Camón y Tramullas (1768 y 69), á la *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*, por los doctores Dávila, Madrazo y Ruiz (1850), á la *Memoria histórica de la misma Universidad*, por D. Alejandro Vidal y Díaz (1869), y á las historias de las Universidades de Zaragoza, Valencia, Granada y Oviedo, publicadas en estos últimos años por los señores Borao, Velasco y Santos, Montells y Nadal, Canela y Secades, etc., si bien tales apéndices, por su naturaleza, tienen que ser harto breves, y sólo pueden servir de índices ó registros para quien emprenda formar la *Bibliografía Universitaria Ibérica*, no intentada aún por nadie, que yo sepa¹.

Mucho más rica que la sección anterior es la de *Bibliotecas regionales*, en la cual comprendo las de reinos, provincias, comarcas y ciudades. A continuación va el índice de las que conozco,

¹ Para comprender las vicisitudes del régimen interior de nuestros establecimientos de enseñanza, es obra indispensable la *Historia de las Universidades*, de que lleva publicados ya dos tomos D. Vicente de la Fuente. (Nota de esta edición.)

muy incompleto sin duda, pero que demuestra el grado de cultivo obtenido en España por esta rama de la erudición *bio-bibliológica*.

PORTUGAL. Excede en este punto á las demás regiones peninsulares: posee la magna *Biblioteca Lusitana*, de Barbosa Machado (1751-1759), (á quien precedieron en su empresa Juan Franco Barreto, Jorge Cardoso y algún otro ¹), y el admirable *Diccionario bibliográfico*, de Inocencio da Silva, que aumenta y corrige la obra de su predecesor y la continúa hasta nuestros días (1862-67).

En la Biblioteca nacional se conserva un manuscrito del Sr. D. Domingo García Pérez, relativo á los ingenios portugueses que han escrito en lengua castellana.

VALENCIA. Sigue inmediatamente á Portugal en materia bibliográfica. Aparte de los ensayos hechos en el siglo xvii por Onofre Esquerdo y D. Diego de Vich, cuenta tres *bibliotecas* impresas: la del P. Rodríguez, continuada por el Padre Saballs (1747); la de Jimeno (1749), y la de su adicionador Pastor Fuster, que la prosiguió hasta 1829. Hanse publicado, además, diversos opúsculos eruditos sobre puntos aislados de la historia literaria de aquel reino, y entre ellos *El teatro en Valencia*, de D. Luis Lamarca.

ARAGÓN. Á ninguna de nuestras bibliotecas regionales cedería la de Latassa (1796-1802), si la falta de método y lo farragoso é indigesto del

¹ Hay un epitome poco estimable de la obra de Barbosa, formado por Sousa Farinha.

estilo no obscurecieran las cualidades de erudición y exactitud que en ella resaltan ¹. Acerca de la *Imprenta en Zaragoza*, conozco un folleto del Sr. Borao ² (1860).

CATALUÑA. Aparte de otros catálogos anteriores de menor importancia, posee el *Diccionario de escritores catalanes*, de Torres Amat (1836), ligero é incompleto, aunque rico en noticias, y el *Suplemento* al mismo, de Corominas y Aleu (1849), que repara muy pocas de sus omisiones, pero añade escritores más recientes. Aún resta no poco que trabajar en la bibliografía del Principado; pero es de creer que agote la parte de escritos en lengua catalana el docto bibliotecario D. Mariano Aguiló, en su obra premiada, ha no pocos años, por la Biblioteca nacional, aunque por desdicha no impresa todavía. Sobre escritores *gerundenses* existe una Memoria del Sr. Girbal, y varias monografías del Sr. Grahit y de otros, debidas á la poderosa iniciativa de la *Asociación Literaria* de Gerona.

ISLAS BALEARES. D. Joaquín M. Bover ha

¹ Ha obviado en parte los inconvenientes que resultaban de la mala disposición de los artículos en Latassa el Sr. D. Toribio del Campillo con un *Índice alfabético de escritores aragoneses*, que facilita mucho toda investigación (1877). Posteriormente (1885-86), D. Miguel Gómez Uriel, oficial del Archivo del Colegio de Abogados de Zaragoza, ha prestado el gran servicio de refundir en forma de diccionario las dos *Bibliotecas* antigua y nueva de Latassa, adicionadas con muchos artículos.

(Nota de esta edición.)

² Á Latassa precedió en su empresa el cronista Andrés Usaróz con un *Índice de escritores aragoneses*.

publicado una extensa y erudita *Bibliografía* balear, de la cual se han hecho dos ediciones, muy aumentada la segunda (1868), que puede considerarse como obra totalmente nueva.

Las regiones del Mediodía, Centro y Norte de la Península han sido en esta parte menos afortunadas que Portugal y la Corona aragonesa. Los estudios bibliográficos (con alguna excepción) han sido más breves en Castilla, y muchos de ellos permanecen inéditos. Tengo noticia de los siguientes¹:

ANDALUCÍA. *Sevilla*.—Rodrigo Caro (*Claros varones en letras, naturales de Sevilla*), y sus continuadores D. Diego Ignacio de Góngora y don Juan Nepomuceno González de León, el analista Ortiz de Zúñiga, Arana de Varflora, ó séase el P. Valderrama (*Hijos ilustres de Sevilla*), Matute y Gaviria, más que todos diligente; muchos contemporáneos nuestros, entre los cuales recordamos á los señores Colom, Álava, Asensio, Gómez Aceves, Bueno, Palomo, Lasso, etc., y la *Sociedad de bibliófilos andaluces*², han acopiado

¹ Hoy es precisa la siguiente adición:
Reino de Murcia.

—*Estudio sobre la historia de la literatura en Murcia desde Alfonso X á los Reyes Católicos*, 1877, por D. Andrés Baquero Almansa.

—*Hijos ilustres de Albacete*, por el mismo (1884).

(Nota de esta edición.)

² Hoy hay que añadir el *Archivo Hispalense*, que anuncia la publicación de la obra de Matute *Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas y dignidad*, y además una serie de biografías de hispalenses ilustres omitidos por él.

(Nota de esta edición.)

innumerables datos para la bibliografía hispalense, siendo de lamentar que no se hallen reunidas en una obra de fácil manejo las noticias hoy dispersas en manuscritos, libros no frecuentes, prólogos y artículos de revistas. La Biblioteca nacional premió tiempo atrás la *Tipografía Sevillana* (siglo xv), del Sr. Escudero y Perosso.

Cádiz.—Sólo he visto el *Diccionario biográfico de Cambiaso*, sobremanera incompleto, y los *Hijos ilustres de Jerez de la Frontera*, obra del señor Parada.

Córdoba.—*Hijos ilustres* de esta provincia, manuscrito de D. Luis M. Ramírez de las Casas Deza, conservado en la Biblioteca nacional. Es más *biográfico* que *bibliográfico* y *crítico*, y arguye en su autor más curiosidad que discernimiento.

Granada.—*Bibliografía granadina hasta fines del siglo XVIII*. Ms. de D. Juan F. Riaño, premiado por la Biblioteca nacional.

CASTILLA LA NUEVA. *Madrid*.—El *Diccionario* de Álvarez Baena (1789-1791) tiene de bibliográfico muy poco, y esto con frecuencia inexacto. Más que á los escritores atiende á los *nobles* nacidos en Madrid, á quienes, por el solo hecho de serlo, considera *ilustres*, deteniéndose con fruición á trazar sus *genealogías*, ya que no á describir sus escudos de armas¹.

Toledo.—Es muy de sentir que el diligente cronista de la Imperial ciudad, Sr. Gamero, ha poco difunto, no hubiese dedicado una parte de sus

¹ El Sr. D. José María Escudero de la Peña tenía hechos trabajos sobre la *Tipografía Matritense* del siglo xvi.

aprovechadas tareas á la formación de una *Biblioteca toledana*. Las únicas noticias que sobre el particular se han recogido hay que buscarlas en su *Historia* y en las de otros analistas anteriores, que por incidencia traen algo aprovechable para la historia literaria.

Cuenca.—Posee, no un seco catálogo de ediciones, ni un fárrago de apuntes bibliográficos, como otras provincias menos afortunadas, sino una serie de monumentales estudios, que deberían ser luz y espejo de bibliógrafos y eruditos. Cuatro tomos de notable volumen lleva publicados el Excmo. Sr. D. Fermín Caballero, relativos á Hervás y Panduro, Melchor Cano, el Dr. Montalvo y los hermanos Juan y Alfonso de Valdés. En ellos ha dado á conocer, no sólo la importancia científica y literaria de cada uno de sus personajes, sino las ideas y el espíritu de la época en que vivieron y la atmósfera intelectual que respiraron. La tipografía conquense queda asimismo ampliamente ilustrada en el opúsculo *La imprenta en Cuenca*, del mismo autor ¹.

EXTREMADURA.—El Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes, infatigable explorador de las glorias de su país natal, es autor de un *Catálogo bibliográfico de obras útiles para la historia de Extremadura*, premiado por la Biblioteca nacional, y hoy refundido en el *Aparato bibliográfico*, del cual han

¹ Bien lejano me hallaba yo, al trazar estas líneas, de tener que deplorar al pie la pérdida reciente y dolorosísima de este sabio, pérdida grande para las letras, inmensa para los que fuimos sus amigos. (Nota de la segunda edición.)

visto la luz pública dos tomos ¹. En él anuncia el Sr. Barrantes hallarse ocupado en una *bibliografía de extremeños ilustres*, que servirá de complemento á sus notables estudios.

CASTILLA LA VIEJA Y REINO DE LEÓN. Doloroso es decirlo, pero necesario. Las provincias castellanas y leonesas han manifestado escasísimo interés en la conservación de sus memorias literarias. Segovia posee el apéndice de escritores que añadió Colmenares á su *Historia* ². En los anales eclesiásticos y seculares de las demás capitales y poblaciones de importancia se encuentran esparcidas muchas noticias útiles, pero no expuestas con criterio bibliográfico ni en forma erudita. Ni aun ciudades de tan gloriosa historia como Valladolid y Burgos ³, ni aun la *Atenas española*, foco de saber y de cultura, centro además de una escuela literaria en días no muy lejanos, han cuidado de formar los catálogos de sus escritores. Si algo se ha intentado en tal sentido, son tan escasas la extensión é importancia de los ensayos, que sus títulos y los nombres de sus auto-

¹ Ha aparecido en 1879 el tercero y último volumen.

(Nota de esta edición.)

² No en todos los ejemplares, sino únicamente en los que llevan la falsa portada de Madrid, 1640. Añádanse hoy los *Apuntes biográficos de escritores segovianos* de D. Tomás Baeza, (1877).

(Nota de esta edición.)

³ Se han publicado unos *Apuntes para las biografías de algunos burgaleses célebres* por D. Nicolás de Goyri (1878), pero son pobres en la parte bibliográfica. Lo mismo puede decirse del libro de D. Policarpo Mingote sobre escritores leoneses. *Vid.* además *Curiosidades bibliográficas de Valladolid*, por D. Gumersindo Marsilla (1884).

(Nota de esta edición.)

res se van de la memoria y de la pluma. La Biblioteca nacional premió en uno de sus últimos concursos una *Colección biográfico-bibliográfica de noticias concernientes á la historia de Zamora*, por D. Cesáreo Fernández Duro.

LAS ASTURIAS. *Asturias de Santillana ó Montaña de Santander*.—Sepárola de Castilla, con la cual no tiene otras relaciones que las puramente administrativas y las comerciales, y la asocio, como más afín, al Principado de Asturias. De extensión territorial harto reducida, pero con historia y costumbres propias, la comarca montañesa, patria nuestra muy amada, recuerda con orgullo no pocos blasones literarios, alcanzados por naturales y oriundos de su suelo. Á pesar de haberse contado entre ellos eruditos y bibliógrafos tan eminentes como lo fueron á fines del siglo pasado D. Tomás Antonio Sánchez, D. Fernando José de Velasco, Floranes, el P. La Canal y La Serna Santander, ninguno pensó en registrar ordenadamente los trabajos científicos de sus conterráneos. Algo se ha intentado en nuestros días. La Biblioteca nacional ha premiado en el presente año un *Diccionario de obras útiles para la historia de Santander*, obra de un extraño á nuestro país, el Sr. D. Enrique de Leguina, á quien debemos agradecimiento por su diligencia¹. Y aunque parezca de mal tono

¹ D. Eduardo de la Pedraja y Samaniego, poseedor de la más rica colección de libros y papeles relativos á la Montaña, tiene reunidas y ordenadas gran número de papeletas para un *Catálogo de autores montañeses*. (Nota de esta edición.)

literario sacar á plaza el propio nombre, y más cuando éste es de sobra obscuro é insignificante, sabe V., amigo mío, que me he propuesto formar una serie de monografías crítico-bibliográficas acerca de nuestros escritores, de la cual ha visto la luz pública el primer estudio, dedicado á la apreciación de las producciones del novelista anglo-santanderino D. Telesforo Trueba y Cosío.

Asturias de Oviedo.—Á fines del siglo pasado, el docto canónigo de Tarragona, González Posada, acometió la empresa de formar una *Biblioteca de escritores asturianos*. El primer bosquejo de su trabajo, remitido por él á Campomanes, parece ser el mismo que ha visto la luz pública como anónimo en el tomo 1 del *Ensayo de una biblioteca española formado sobre los apuntamientos de Gallardo*. Extendidas con la brevedad que allí aparecen las primeras notas, dió Posada mayor extensión á sus trabajos, y con el título no muy propio de *Memorias históricas del Principado*, publicó un primer tomo, que abraza sólo la letra *A* de su *Diccionario*, no limitado ya á los escritores, sino comprensivo de todos los asturianos ilustres. Perdióse en Tarragona, de la manera que V. sabe, el resto de su obra, harto farragosa y poco crítica, y hasta estos últimos años no se pensó en reparar su falta con una nueva *Biblioteca asturiana*. La ha formado con diligencia el Sr. Fuertes, catedrático de este Instituto, y se guarda el manuscrito en la Biblioteca nacional¹.

GALICIA. Existen: un *Diccionario de escritores*

¹ Hoy está impreso en su mayor parte con el título de *Bos-*